

Purificados por el fuego del amor

La conmemoración de los fieles difuntos llena este domingo con la oración por los que han muerto en el Señor y deben purificarse por el fuego del purgatorio, antes de ver a Dios cara a cara. «La calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego» (1Co 3,12). El purgatorio no es un invento de los teólogos o una explicación medieval de algo que no sabemos lo que es. En la tradición viva de la Iglesia, se ha continuado con la práctica ya presente en el pueblo judío de ofrecer oraciones y sufragios por los difuntos para que sean librados de sus pecados (2Macabeos 12,46).

«Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo» (Catecismo de la Iglesia Católica, n.1030). Esta es la doctrina católica sobre el Purgatorio.

Creado el hombre a imagen de Dios, el pecado ha roto esa imagen de Dios, dejando al hombre desencuadrado. Jesucristo, por su muerte y resurrección, ha alcanzado para el hombre una restauración más hermosa, que habrá de realizarse con la colaboración humana, como se ha realizado la obra de la redención. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Si el pecado rompe nuestra relación con Dios, el perdón y la misericordia de Dios la restablece inmediatamente. Pero quedan cicatrices y secuelas de nuestros pecados ya perdonados. Y aquí viene la acción maternal de la Iglesia, que nos acompaña y nos ayuda en esa purificación total.

Los sufrimientos y las penalidades de la vida ayudan mucho en este camino de purificación, en la que todos habremos de pasar por la noche oscura activa y pasiva del sentido y del espíritu, como nos enseña san Juan de la Cruz. Pero la muerte puede llegarnos sin haber terminado ese proceso de purificación, o porque lo hemos aplazado o porque lo hemos rehuído. Y aquí viene una vez más la misericordia abundante de Dios, que a través de un «ducha de amor» nos dispone para entrar en el banquete del Reino. El purgatorio, por tanto, es una

demostración *postmortem* de la misericordia de Dios para con sus hijos, con la colaboración de la Iglesia.

Es preferible pasarlo en la etapa terrena, porque además de purificarnos de nuestras cicatrices, nos ensancha en la capacidad de amar para toda la eternidad. Pero si no lo hicimos en la tierra, lo completaremos en el purgatorio. Este domingo oramos por nuestros difuntos con la firme esperanza de que nuestra oración les llega, les alivia, les acelera el paso para contemplar el rostro beatificante de Dios.

La oración por nuestros difuntos les hace bien a ellos y nos hace bien a nosotros. A ellos, porque nuestra solidaridad en el amor les ayuda a purificarse y así pasar a contemplar cara a cara el rostro de Dios. A nosotros, porque nos actualiza en la esperanza de la vida eterna, que por la misericordia de Dios todos esperamos alcanzar. Las flores se marchitan, las lágrimas se evaporan. Pero nuestra oración y nuestros sufragios llegan a nuestros hermanos difuntos. Por eso, oramos por ellos.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández